

# UNA NUEVA HIPOTESIS SOBRE EL ORIGEN DE LOS PUEBLOS Y LAS LENGUAS INDOEUROPEOS

**JORGE DE LA PAZ\***

La mayoría de las lenguas de Europa y algunas de Asia occidental y meridional forman parte de un mismo grupo lingüístico llamado indoeuropeo. Estas lenguas tienen una gran importancia por sus conexiones históricas con las culturas antiguas y por la trascendencia de sus grandes literaturas. Actualmente, la mitad de los habitantes de nuestro planeta hablan lenguas indoeuropeas y once de los diez y nueve idiomas más hablados en la Tierra pertenecen a este grupo.

Son subgrupos lingüísticos del indoeuropeo, las lenguas eslavas, bálticas, germánicas, celtas, itálicas (el latín y las lenguas romances: italiano, español, francés, etc.), el albanés, el griego, el armenio, el tojario, las lenguas indoiránicas y otras ya desaparecidas, pero que alguna vez, como en el caso del hitita, nos han legado testimonios escritos de un alto valor histórico-cultural.

El origen de estas lenguas y de los pueblos que las hablan ha sido motivo de innumerables estudios y controversias. Recientemente, los investigadores soviéticos Tamaz Gamkrelidze y Viacheslav Ivanov han publicado un sólido y documentado estudio en el que afirman haber localizado la patria originaria de estos pueblos. Antes de presentar la nueva hipótesis, veamos a grandes trazos la historia del problema.

## EL PROBLEMA INDOEUROPEO

El “problema indoeuropeo” quedó planteado a partir del momento en que el lingüista danés R. Rask (1787-1832) y el alemán F. Bopp (1791-1867) descubrieron casi simultáneamente el parentesco de las lenguas indoeuropeas.

De este hallazgo se deriva la identificación posterior de estas lenguas con pueblos muy antiguos que son los probables antepasados de muchos pueblos modernos, el estudio de las inciertas rutas de sus migraciones, la localización de la “patria” inicial de los indoeuropeos y, sobre todo, la reconstrucción de la lengua originaria que suponemos se habló hace no menos de cinco mil años.

Esto no significa que antes del siglo XIX nadie se ocupara de la comparación y clasificación de las lenguas. Un precursor inesperado es el gran poeta italiano Dante con su tratado *De vulgari eloquentia*. Este tratado es el fruto del peregrinaje sin descanso del poeta en los años primeros de su destierro (1301-1307). Hasta donde sabemos -e ignoramos mucho- estuvo en lugares donde oyó hablar los dialectos romano, sienés, toscano central, emiliano, véneto y ligur. Podemos considerarlo como el primer lingüista -en el tiempo- de Italia. Pensó en dividir su tratado en cuatro libros. Escribió los dos primeros y, por razones que no conocemos, nunca lo terminó.

Aceptando la tradición cristiana, Dante corrobora que la lengua de Adán, el hebreo, es un don de Dios y que fue usada por todos sus descendientes hasta la construcción de la Torre de Babel. Siendo lengua de gracia, la desobediencia del hombre fue castigada una vez más (la tercera, dice Dante) con la confusión de las lenguas. Unos pocos solamente, aquellos que no trabajaron en la construcción de la torre, conservaron el lenguaje sagrado. Todos ellos -supone Dante- eran descendientes de Sem, el tercer hijo de Noé, de cuya estirpe procedía el pueblo de Israel que habló hasta su dispersión una lengua muy antigua, la originaria.

Dante realiza en este campo una obra notable porque a pesar de que su concepción cristiana del lenguaje le impedía explicarse adecuadamente las otras lenguas de Europa, pudo reconocer tres familias lingüísticas indoeuropeas: la germánica, en el norte; la latina en el sur y el griego en una parte de Europa y Asia. Además, partiendo del adverbio de afirmación sí, logró emparentar tres lenguas romances: la lengua si, la lengua sī y la lengua oil (el provenzal, el italiano y el francés), relacionándolas con el latín. Asimismo, fue el primero

---

\*Departamento Editorial de la ANUIES.

que clasificó los catorce dialectos italianos de la Edad Media y el primero en trazar una división geográfica, objetivamente correcta.

## ANTES DE DANTE

Antes de Dante, las similitudes y las diferencias que existen en las lenguas indoeuropeas no fueron entendidas, si acaso fueron observadas. En el vasto horizonte de los pueblos antiguos fueron los hindúes los primeros en hacer una seria reflexión sobre su propia lengua, describiéndola con una precisión admirable, pero dos hechos les impidieron salirse del ámbito del sánscrito para ocuparse de otras lenguas: la ausencia de escritura y el trasfondo mágico-religioso de sus concepciones védicas. Todos sus afanes gramaticales se originaron en la necesidad de mantener la tradición oral dentro de los más estrictos límites de las formas rituales. La tradición brahmánica juzgaba que poner la palabra divina por escrito era una profanación y, de otra parte, la transmisión oral de las doctrinas no podía variar una sola letra, ya que éstas tenían un sentido mágico y el que las alteraba corría un riesgo mortal. La gramática hindú, en este sentido, es prescriptiva, busca conservar la perfección (sánscrito significa “pulido”, “bien acabado”) en la enunciación de las doctrinas.

El más destacado de los gramáticos hindúes es Panini (siglo V o IV a. de C.). Sus *Ashthādhyāyī* (“Ocho libros”) constituyen, por el sistemático rigor y por la profundidad de sus reflexiones, una gramática asombrosa. Históricamente, esta obra no fue conocida en Occidente hasta el siglo XIX, pero fue con ella que se puso la primera piedra de la lingüística comparada e histórica. Desde nuestra modernidad -hecha de conocimientos-, Panini nos parece un precursor en más de un aspecto, pero, en realidad, su grandeza está fundada más en la trascendencia de su pensamiento que en los aciertos de sistematización estructural.

Los griegos tampoco se ocuparon de las lenguas extranjeras. Creadores de una auténtica cultura era sólo natural que consideraran “bárbaros” a todos los pueblos con los que tuvieron contactos. Aun Herodoto, narrador siempre acucioso de la vida y las costumbres de los pueblos que visitaba, no nos habla nunca de la lengua de estos países. Estudiaron, eso sí, la propia lengua con un gran interés, pero era el filósofo y no el gramático el que se ocupaba del lenguaje. Ejemplo admirable es el Cratylus de Platón. En otra esfera es Aristóteles el primero que realiza cuidadosos análisis de la estructura lingüística y, más tarde, los gramáticos alejandrinos Aristarco de Samotracia (siglos III, 11 a. de C.) y Dionisio de Tracia (siglos III a. de C.) retoman el hilo de estos análisis, siendo Dionisio el que estructura una doctrina coherente, la *Téjne grammatiké*, pero todos estos estudios se realizan a base de distinciones lógicas y no con un criterio lingüístico.

Gran aporte griego es el alfabeto, aporte histórico, ya que no es sino la culminación, el último estadio de una larga evolución. Hablar de inventores en este campo -como en tantos otros- es ocioso. Se llega al alfabeto cuando se logran representar separadamente todas las unidades fónicas de una lengua y se puede leer con precisión lo que se escribe. Los fenicios y otros pueblos semíticos prescindían -así lo permitía su lenguaje- de escribir las vocales, dejando que el lector las supliera de acuerdo con el sentido de lo que leía, pero la estructura de la lengua griega no tenía esa capacidad. La necesidad de representar todos los sonidos fue lo que determinó que los griegos, al adoptar el alfabeto fenicio, tomaran las letras *aleph*, *he*, *waw*, *yodh* y *ayin* que no correspondían a ninguna de sus consonantes y las asignaran a sus vocales, pasando de esta manera de la notación silábica fenicia a la notación propiamente alfabética. Más tarde, los etruscos adoptaron el alfabeto griego y los romanos, a su vez, derivaron el suyo del etrusco. El alfabeto latino junto con el cirílico, derivado también del griego, se convirtieron finalmente en los alfabetos de las lenguas de Europa, cobrando posteriormente una gran difusión.

Los romanos, pese a la confrontación continua de su lengua con el griego, no lograron captar las similitudes o, si lo hicieron, les pareció que éstas eran naturales, ya que el latín -creían- descendía del griego. Conservaron las tradiciones gramaticales griegas con un celo digno de mejores cultos. Macrobio (400 d. de C.) escribió un libro con un título preñado de posibilidades: *De differentiis et societibus graeci latinique verbi* (“Tratado sobre las diferencias y las similitudes de los verbos griegos y latinos”), pero su empeño no fue más allá de la comparación virtuosa. Tal vez sea Prisciano (500 d. de C.) con los diez y ocho libros de sus *Institutiones grammaticae*, el más representativo de los gramáticos latinos. Su obra pone las bases de la gramática latina

medieval y de la filosofía lingüística.

## DESPUES DE DANTE

Después de Dante hubo una serie de intentos errados y desafortunados. Errados porque los estudiosos, siguiendo como Dante la tradición cristiana, tradición que contaba con la autoridad de San Jerónimo, partían también de la tácita aceptación de que el hebreo era la primera lengua, la originaria. De esta manera, todo intento de explicación o de comparación a partir del hebreo resultaba infructuoso. Desafortunados porque aquellos pocos que como Escalígero (1540-1609) dan el primer paso para fundar un método correcto, estableciendo comparaciones a base de ilustraciones, no hacen escuela. En su *Diatriba de Europaeorum linguae* (1610), Escalígero clasifica las lenguas de Europa en once clases de *Matrices linguae* (lenguas maternas). Cuatro de esas once familias corresponden a las lenguas indoeuropeas. Le da nombre a cada familia de acuerdo con la palabra que usan para designar a Dios. Tenemos así las lenguas *Boge* (eslavas), las lenguas *Godt* (germánicas), las lenguas *Deus* (itálicas) y las lenguas *Theós* (griego y sus dialectos). Logró descubrir relaciones entre las lenguas de cada familia, pero no alcanzó a ver ninguna relación entre las once familias. Dio un primer paso, pero nadie retomó el hilo de sus estudios y todo descubrimiento o invención requiere continuidad. Sin continuidad no se hace historia. La invención del *zero* es un claro ejemplo. El *zero* hindú, indoeuropeo, es el *zero* con continuidad, el *zero* histórico. Su origen fue comercial y su destino ocupar un lugar en el ábaco. El *zero* maya (¿olmeca?), invención tal vez del siglo III, es la explicación del origen del universo, representa el lugar donde se originan el **uno**, el *dos*, el *tres* y el *infinito*, pero es una invención sin continuidad, un dato sepultado en las ruinas de su propia cultura.

Casi un siglo después, Leibniz (1646-1716) que siempre soñó con la construcción de un lenguaje simbólico universal que pudiera transmitir el pensamiento con exactitud matemática (su *Specimen calculi universalis*, aunque basado en el silogismo aristotélico, se anticipa en algunos aspectos a la lógica simbólica moderna), dirigió su atención a la lingüística histórica. Al atacar la “hipótesis” -el mito- del origen hebraico, les dio un gran impulso y la debida orientación a los estudios lingüísticos en general. Arguye que el lenguaje no es el producto de un plan uniforme, sino que se ha originado y evolucionado como consecuencia de las necesidades naturales del hombre. Es Leibniz el precursor con más autoridad del “problema indoeuropeo”.

## EL SIGLO XIX

En 1808, Friedrich von Schlegel publica su libro *Über die Sprache und Weisheit der Indier* (“Sobre la lengua y la sabiduría de los hindúes”). Este trabajo provocó una revolución en las teorías lingüísticas del siglo XIX. No obstante, son R. Rask, fundador del método comparativo, F. Bopp y J. Grimm, fundador este último del método histórico, los creadores de la lingüística histórica científica. El gran logro de esta época coloreada de romanticismo es la nueva concepción de las familias lingüísticas, históricamente relacionadas y agrupadas por medio de comparaciones sistemáticas, pero que no provienen ya, como antes se pensaba, de una de las antiguas lenguas existentes, sino de una lengua desaparecida ya y de la cual se han originado las demás.

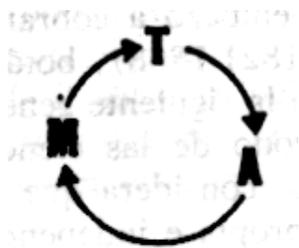
Rasmus Rask escribe en 1814 su *Undersfgelse om det gamle nordiske eller islandske sprogs oprindelse* (“Investigación sobre el origen de la lengua noruega o islandesa antigua”), pero la publica hasta 1818. Se trata de una inestimable gramática del indoeuropeo. En ella esboza una morfología y fonética comparadas de estas lenguas. A pesar de que en esta investigación no se toma en cuenta el sánscrito, lengua que Rask no conoce, los resultados a que llega, determinando las afinidades entre las lenguas germánicas con las eslavas y las bálticas y con el latín y el griego, lo colocan en un destacado lugar entre los fundadores de la nueva ciencia. Puso un énfasis especial en los cambios de sonido, logrando relacionar series de palabras y concluyendo que estos cambios consonánticos constituían un fenómeno regular. De este trabajo de Rask partió Grimm para establecer la ley que posteriormente llevaría su nombre.

En 1816, antes de que Rask publique su trabajo, Franz Bopp edita su memoria *Über Konjugationssystem der Sanskritsprache* (“Sobre el sistema de conjugación de la lengua sánscrita”). Estudia en esta obra las

relaciones entre el sánscrito y las lenguas de Europa, estableciendo por primera vez un cuadro coherente de comparaciones morfológicas, aunque sin prestar ninguna atención a los rasgos fonéticos. Es así como Rask y Bopp, trabajando independientemente, llegaron a un mismo resultado. Sin embargo, el trabajo de Rask es anterior y más profundo y su ignorancia del sánscrito -generalmente vista como una deficiencia- acrecienta el mérito de sus investigaciones.

Pero es Jakob Grimm en su *Deutsche Grammatik* (“Gramática alemana” que en realidad es una gramática comparada de las lenguas germánicas) aparecida en 1819, el que estudia las correspondencias fonéticas regulares, señalando y comprobando que las oclusivas sordas proto-indoeuropeas de las cuatro series, correspondían a las fricativas sordas germánicas y que las correspondencias se mantenían en otras posiciones tales como la media.

Llamó *tenues* (T) a *p, t, k*; *aspiradas* (A) a *bh, dh, gh* (y a *f, th, h*) y *medias* (M) a *b, d, g*. Estableció así que la *tenue* indoeuropea daba *aspirada* germánica, la *aspirada* indoeuropea daba *media* germánica y la *media* indoeuropea daba *tenue* germánica, creando así un esquema de rotación consonántica:



Esto es:

LATIN		INGLES MODERNO
<i>p de pater</i>	da	<i>f de father</i>
<i>t de tres</i>	da	<i>th de three</i>
<i>k de centum</i>	da	<i>h de hundred</i>
<i>b de scabo</i>	da	<i>p de shape</i>
<i>d de decem</i>	da	<i>t de ten</i>
<i>g de iugum</i>	da	<i>k de yoke</i>

Esta, después llamada Ley de Grimm, ha sido realmente el fundamento no sólo de la gramática comparada, sino de toda la tarea lingüística posterior. Tenía esta ley, no obstante, un gran número de desafiantes excepciones. Años después, al ser explicadas algunas de ellas, quedó demostrada la necesidad de estudiar el contexto fónico inmediato y las características fonéticas, originándose de esta manera la fonética articulatoria. Más tarde Hermann Grassmann explicó un segundo grupo de excepciones, demostrando que el sánscrito y el griego no tienen oclusivas aspiradas al principio de dos sílabas sucesivas. Esto subrayó la necesidad de examinar las sílabas, las palabras y los sonidos. Finalmente, el lingüista danés Karl Verner, cincuenta años después de formulada esta ley, explicó el último grupo de excepciones, hallando la clave en la estructura acentual de las palabras. La norma era que en posición intervocálica se daba la correspondencia: sánscrito *t* gótico *th* alemán *d*: *bhrâta* *brothar* *Bruder*, pero había una serie de excepciones donde: sánscrito *pita* gótico *fadar* alemán *Vater*. Verner demostró que *t* da *th* en posición postónica y que *t* da *d* en posición pretónica. Así, es el lugar del acento en *bhrâta* y *pitá* lo que explica la diferencia en la evolución de las dos *t* intervocálicas. Es a partir de este hallazgo que el estudio de las categorías suprasegmentales empezó a cobrar importancia.

August Schleicher (1821-1868), botánico de profesión, es la figura más importante de la siguiente generación de comparatistas. Consecuente con el método de las ciencias naturales y con las clasificaciones de Linneo, considera que las lenguas son organismos naturales con vida propia e independiente que nacen, crecen y mueren siguiendo leyes que no admiten excepciones. Nuevo mito -como vemos- vestido esta vez de ciencia. Apoyándose en las novedosas teorías de Darwin, usa de todo el rigor de la ciencia para estudiar la evolución de las lenguas, sacando la inaceptable conclusión de que las lenguas se degradan a medida que se desarrollan.

A pesar de todo, Schleicher realizó estudios fundamentales en este campo, aunque dejó a un lado -como sus antecesores- la cronología y la geografía. Con él se inició la reconstrucción sistemática de la controvertida lengua originaria, reconstrucción fecunda, ya que sus perspectivas parecen inacabables hoy todavía. Propuso además una clasificación genética de las lenguas y otra tipológica. La primera, en forma de árbol genealógico (*Stammbaumtheorie*), pretende dar cuenta del origen y la evolución de las lenguas. La segunda, divide las lenguas en tres etapas históricas: la aislante, la aglutinante y la flexiva. Esta última clasificación habrá de tener la más azarosa de las historias.

Un discípulo de Schleicher, J. Schmidt, partiendo de un estudio geográfico-lingüístico del problema, propuso en 1872 la *Wellentheorie* (teoría de las ondas) que más tarde desembocaría en la dialectología europea, rama que nos ha proporcionado los conocimientos más seguros sobre la evolución de estas lenguas. Esta teoría supone que las lenguas se difunden como las ondas sobre las aguas de un lago tranquilo al lanzar una piedra sobre su superficie, y se entrecruzan como lo harían estas ondas con otras que provinieran de lugares cercanos donde hubieran sido lanzadas otras piedras. La *Wellentheorie* supuso un avance por su mayor flexibilidad para describir las relaciones y los cambios lingüísticos, aunque al representar el lenguaje en un solo plano, compartía con la *Stammbaumtheorie* el mismo defecto. Hoy pensamos que es imposible explicar los fenómenos lingüísticos con un esquema genético o geométrico.

Fueron los lingüistas llamados neogramáticos los que a fines del siglo XIX manifestaron su desacuerdo con las teorías naturalistas de Schleicher, oponiéndole un método positivista. Afirmaban que la lengua era un producto colectivo de los grupos humanos y no un organismo natural. Siguiendo las huellas de Grimm que había sentado, después de Rask, el principio de regularidad de los cambios fonéticos, principio que fue corroborado por el neogramático K. Verner, adoptaron este principio como postulado fundamental.

Afirmaban que esta regularidad no admitía excepciones y sólo toleraban aquellas que podían considerarse modificaciones analógicas. Es decir, las palabras: huit, otto, ocho parecen diferentes, pero si comparamos la serie:

FRANCES	ITALIANO	ESPAÑOL
lait	latte	leche
fait	fatto	hecho
nuit	notte	noche
lit	letto	lecho

derivadas del latín *octo*, *lactem*, *factum*, *noctem*, *lectum*, entonces podemos explicar estas formas como un cambio fonético regular, ya que el sonido *k* del latín se vocaliza en francés, se asimila a la consonante que le sigue [*t*] en italiano y se convierte en africada con pérdida de la [*t*] siguiente en español.

Pero cuando comparamos la palabra rusa *deviat'* (nueve) con las formas correspondientes de las otras lenguas indoeuropeas, vemos que no hay concordancia, ya que todas empiezan con *n* (latín: *novem*, francés: *neuf*, inglés: *nine*, etc.). Así, sólo podemos explicar esta diferencia, concluyendo que el sonido inicial *d* fue tomado por analogía con *desiat'* (diez). Muchos casos pueden explicarse de esta manera, aunque la modificación analógica es a veces sumamente compleja.

De esta manera, con los neogramáticos la ciencia ocupó el lugar que le correspondía y el sonido del habla suplantó a la letra, simple artificio simbólico.

Un nuevo aporte que vino a consolidar el prestigio de los neogramáticos fue la aparición en 1878 de la *Memorie sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes* (“Memoria sobre el sistema primitivo de las vocales en las lenguas indoeuropeas”) del lingüista suizo Ferdinand de Saussure.

Entonces se pensaba que el sánscrito era un estado de lengua muy cercano al de la lengua originaria. Basándose en el sánscrito y en el griego -lengua indebidamente considerada arcaica- se reconstruía el fonetismo primitivo. Schleicher se apoyaba en un idioma y en el otro, es decir, para él, el sistema vocálico era de tipo sánscrito (*a, i, u*) y el consonántico de tipo griego (*α, β, etc.*). En tanto que se consideró que el sistema vocálico del sánscrito correspondía al vocalismo originario, se pensó también que el indoeuropeo sólo tenía las vocales *a i u* y se aceptó tácitamente que las vocales *e o* de las otras lenguas habían surgido al degradarse la *a* primitiva. Saussure demostró en su “Memoria” que existe en indoeuropeo una distinción *e o a*. Este hallazgo puso a la lingüística en el camino cierto, reorientando el estudio de la gramática comparada.

Dos años después y trabajando aisladamente, varios lingüistas descubrieron casi simultáneamente la ley de las palatales, descubrimiento que hizo que la antigüedad del sánscrito perdiera algo de su prestigio. Si la separación en el tiempo entre el sánscrito y la lengua originaria era mayor de lo que se había supuesto y aceptado, entonces reemplazar esta concepción por otra que diera cuenta de las características del indoeuropeo primitivo era un hecho que no toleraba demoras. Trabajando en esta dirección, F. von Bradke propone en 1890 una división de las lenguas en dos grupos: un grupo occidental centum y un grupo oriental satem. El nombre de estos grupos proviene de las palabras centum (latín) y satem (avéstico) que significan cien. Bradke consideraba que aquellas lenguas que han conservado la pronunciación oclusiva gutural de la palatal *k*, derivada de la forma originaria \**k*’mtón, pertenecen a una etapa más antigua que las que han transformado este sonido en fricativa o sibilante. La división propuesta por von Bradke fue acogida con gran interés.

La preocupación histórica y la psicológica, dos grandes temas de los neogramáticos, se refleja en la obra de Hermann Paul, gran teórico de la escuela. En algún lugar de sus *Prinzipien der Sprachgeschichte* (“Principios de la historia del lenguaje”), publicados en 1880, aseveraba que toda la lingüística es histórica, puesto que su misión es estudiar los cambios del lenguaje. Labor inestimable de los neogramáticos fue la de abrir caminos para establecer un sistema regular de cambios fonéticos, gramaticales y semánticos, aunque esa tendencia mecanicista que los llevaba a poner todo el énfasis en el manejo minucioso y frío de los datos, restándole importancia a la especulación, les impidió llegar a una teoría general del lenguaje. Creían que las rutas insuficientemente estudiadas y carentes de hechos comprobados o comprobables eran callejones sin salida. De esta manera podemos explicarnos que quedara en la sombra la obra de Wilhelm von Humboldt (1767-1835), lingüista mayor e iniciador de la lingüística general. Humboldt murió sin ver publicada la mayor parte de su obra, y si pensamos en el dilatado horizonte que nos abre con su teoría del *innere Sprachform*, tenemos que concluir que desafortunadamente, todavía hoy, sus ideas no han sido suficientemente entendidas.

Los cinco volúmenes del *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*, 1886-1916, (“Compendio de la gramática comparada de las lenguas indoeuropeas”) de K. Brugmann y B. Delbruck resumen el resultado de las faenas eruditas de los neogramáticos.

A partir de 1878, los lingüistas ocuparán su tiempo en comprobar y desarrollar las proposiciones de Saussure. Es en esta época que la gramática comparada se convierte en una disciplina rigurosa y bien fundamentada. Con Michel Breal nace la ciencia de los significados. Breal acuñó la palabra “semántica” para designar esta ciencia y en su *Essai de sémantique* (1883) inauguró el estudio histórico del significado de las palabras, concretando una serie de normas para explicar las diferentes tendencias de la evolución de los significados. Por otra parte, la tesis de Rousselot sobre el habla de Cellefrouin (1891) y las investigaciones realizadas en Austria por Schuchardt, marcaron los inicios de la geografía lingüística, cuyos métodos llevarían a J. Guillemin a la elaboración del *Atlas linguistique de la France* (1903-1910), suma de la nueva ciencia. La geografía lingüística estudia el medio en que se desarrollan las diferentes hablas, tratando de fijar la historia de las palabras, pero no aisladamente, sino como un todo. Para identificar este medio, estudia la relación que se da entre las palabras y las cosas que representan. De aquí se desprenderá posteriormente un movimiento denominado *Wörter und Sachen* (Las palabras y las cosas) que ha estudiado esta relación en forma muy minuciosa y con métodos muy precisos.

## LOS TEXTOS MAS ANTIGUOS

Un lugar aparte merece Antoine Meillet, sabio infatigable y maestro indiscutible de los comparatistas de este siglo. Autor de numerosas obras sobre las lenguas indoeuropeas, destaca entre ellas su *Introduction á l'étude comparative des langues indoeuropéennes* (1903). Gran estudioso de los textos antiguos, Meillet señalaba la ausencia de verdaderos textos arcaicos en el grupo más occidental (germánico, itálico y céltico), agregando que si tuviéramos en este grupo algo equivalente a los Vedas de la India, los *Gathas* de Persia o los poemas heroicos de Homero, entonces la dialectología indoeuropea tendría la precisión de que carece. Ciertamente, los textos arcaicos habían jugado un papel fundamental en la reconstrucción del indoeuropeo y el más antiguo con que se contaba era el *Rig-Veda* (siglos XV-XIV a. de C.), compuesto en lengua sánscrita. Si hacemos omisión de las inscripciones de Mohenjo-Daro (cultura de Harappa, 3000 a. de C.) que aún son un punto oscuro, ya que no han sido descifradas, la escritura en la India fue un fenómeno tardío. No es sino hasta el siglo III a. de C. que aparece en este país la escritura llamada brahmí. En alguna de las décadas de este siglo, el rey Asoka -comparado a menudo con el emperador Constantino- ordena inscribir en la roca los primeros textos budistas.

Los Vedas no fueron puestos por escrito hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX, pero -como ya explicamos antes- la fidelidad observada en la transmisión oral de esta literatura quedó garantizada por las normas peculiares del mismo culto religioso. Constan de cuatro samhita (colecciones): el *Rig-Veda*, núcleo de los otros tres y el más antiguo, que contiene 1028 himnos y cantos sacrificiales divididos en diez libros. El *Sama-Veda*, una colección de 585 versos con las normas musicales para entonar los himnos del *Rig-Veda*. El *Yajur-Veda* que contiene las instrucciones estrictas para hacer los sacrificios mortuorios, de fuego, de la luna nueva, etc. Finalmente, tenemos el *Atharva-Veda* (nombre derivado de los *atharvas*, sacerdotes dedicados al culto del fuego) que contiene exorcismos y encantamientos mágicos. Les siguen las *Brahmanas* (normas de exégesis litúrgica para los sacerdotes) y las *Upanishads* (doctrina secreta) que reflejan ya el pensamiento brahmánico. Todos estos textos, escritos en sánscrito, constituyen la tradición sagrada, *shruti* (a la letra: “lo que ha sido oído”).

Otro texto arcaico eran los *Gathas*, parte central y más antigua del *Avesta*, compuestos en lengua avéstica y atribuidos a Zarathustra. Podemos fechar los *Gathas* tal vez en el siglo X a. de C., época en la que Zarathustra predicaba en Joresmia. El *Avesta*, libro sagrado del zoroastrismo está dividido en tres partes: la liturgia principal, *Yasna*, cuya parte central son los *Gathas* (himnos y canciones). La segunda parte, *Yashts* y textos ancilares, que contienen una serie de himnos dedicados a varias deidades, y la última parte, *Vidêvdât* (ley contra los demonios) que es una sección de preceptos morales.

La doctrina de Zarathustra estaba sustentada en la fe y no en el culto. Si hacemos excepción de los *Gathas* o en contraste con ellos, el *Avesta* representa una etapa del zoroastrismo posterior a las prédicas de Zarathustra que revela cómo fueron modificadas sus enseñanzas con el paso del tiempo y cómo la religión, después de él se centró -como había sucedido también antes de él- en el culto.

Inmejorable fuente de estudio eran la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, compuestas, tal vez, el siglo VIII a. de C. en dialecto eolio, pero dentro de un marco jonio y con un vocabulario profuso y audaz. La lengua de Homero es poética, pero podemos considerarla como la creación de un artífice fabuloso, ya que no corresponde al dialecto que hablaba entonces el pueblo.

En el siglo VI a. de C., aparece el primer texto “oficial” de los poemas. Pisístrato reúne una comisión de sabios que establecen y publican en Atenas el texto de la *Iliada* y la *Odisea* para que sean recitadas cada año en las Panateneas sin las variantes tradicionales de los rapsodas. Más tarde, en los siglos III-II a. de C., los críticos alejandrinos Zenodoto de Efeso, director de la famosa biblioteca de Alejandría, y Aristófanes de Bizancio estudian y hacen un verdadero examen crítico de los poemas, pero la labor final, esto es, el establecimiento último de los textos de los poemas, estaba reservada a Aristarco de Samotracia. Es él, otro alejandrino, el que fija definitivamente el texto que hoy todos conocemos.

Poeta discutido, Homero comparte con Shakespeare una reputación inmerecidamente ultrajada. Ambos han suscitado dudas sin fin y han sido atacados sin descanso, pero un dato aceptado por la tradición tiene más validez que las disquisiciones eruditas y sólo el empeño, en cierta medida explicable, de saber más de lo que se puede saber, puede justificar ese error sin fundamento de la crítica.

## EL SIGLO XX

Nuestro siglo se abrió con descubrimientos que habrían de proporcionarnos otras fuentes arcaicas. Primero, en un monasterio budista del Turquestán chino, se descubrieron unos manuscritos de los siglos V-IX que contenían textos de carácter religioso en un alfabeto conocido: el brahmí. Eran, en su mayoría, traducciones de textos budistas a esta nueva lengua que pronto fue descifrada. En 1908, Emil Sieg y Wilhelm Siegling anunciaron que la lengua de los textos era indoeuropea y desde entonces se le conoce impropriamente con el nombre de tojario. En realidad, se trata de los dialectos de Karashar y de Kucha que algunos lingüistas denominan A y B.

El tojario conserva un fondo léxico muy arcaico. Tal vez sea un miembro antiguo del grupo prehistórico indoeuropeo. El descubrimiento es importante porque, entre otras razones, esta lengua nos permite estudiar con una mayor precisión el origen del sistema verbal indoeuropeo.

Casi simultáneamente, en 1906, el asiriólogo H. Winckler descubrió en Boghazkoy, Anatolia central, el archivo de Hattusa, capital del gran imperio de los hititas, pueblo que hasta entonces era sólo un dato sin confirmación histórica.

En sus ruinas se encontraron más de 13 mil tablillas en escritura cuneiforme, escritura conocida desde 1808, año en que fue descifrada por Grotefend. Winckler transcribió las tablillas, pero la lengua en que estaban escritas no pudo ser leída hasta que el lingüista checo Bedrich Hrozny la descifró. En su libro *Die Sprache der Hethiter*, (1916) “La lengua de los hititas”), Hrozny demostró que la nueva lengua era indoeuropea y los textos más antiguos fueron adscritos al siglo XIV a. de C.

Estos descubrimientos le prestaron una nueva luz a la clasificación centum/satem de von Bradke y pusieron en entredicho algunas reconstrucciones de Brugmann.

Excavaciones en Creta y en el continente, especialmente en Pilos y Micenas, llevaron al descubrimiento de varios miles de tablillas en una lengua más antigua que la homérica. Se trata de tres escrituras diferentes. La más antigua es una especie de escritura jeroglífica o pictográfica que parece corresponder a la civilización minoica. Aún no ha sido descifrada. Las otras dos son las escrituras *lineales* A y B. Las tablillas escritas en *lineal B* son abundantes y se encontraron, sobre todo, en Knosos y en las ciudades continentales de Pilos, Micenas, Tirinto y otras. La escritura *lineal A* se encontró únicamente en la isla de Creta. Estas inscripciones fueron un reto hasta que el inglés Michael Ventris descifró en 1952 la *lineal B* y dedujo el carácter indoeuropeo de la lengua. J. Chadwick, colaborador y continuador de la obra de Ventris, considera que esta lengua es el dialecto más antiguo que conocemos del griego. Las inscripciones pertenecen a los siglos XIV-XI a. de C. La *lineal B* es una escritura silábica que no representa adecuadamente los sonidos de la lengua. Esto ha hecho que la lectura de las tablillas sea lenta y difícil. No obstante, las inscripciones han ido revelando sus secretos. La escritura *lineal A* es aún más antigua, pero tampoco ha sido descifrada. Aparentemente es la lengua de los antiguos nativos de Creta y no es indoeuropea.

Así, desde los neogramáticos, continuadores de la obra de Rask y Bopp, hasta los lingüistas más recientes: F. de Saussure, A. Meillet, W. Thomsen, J. Pokorny, B. Hrozny, E. Benveniste y otros, mucho se ha avanzado en el conocimiento sistematizado de estas lenguas. Se está de acuerdo sobre su origen común y se conocen los diferentes estadios de su evolución. La familia romance ha sido la piedra de toque para establecer estos estudios, ya que actualmente conocemos la evolución de todas estas lenguas (francés, español, italiano, etc.) y podemos reconstruir la lengua de que proceden todas, confrontando paso a paso la reconstrucción con el latín, lengua originaria de esta familia.

Partiendo del modelo de las lenguas romances se ha elaborado una teoría y un método para la reconstrucción de la lengua originaria de los idiomas indoeuropeos. De esta manera se han reconstruido series de palabras que van precedidas siempre de un asterisco para indicar su condición de formas hipotéticas. Por ejemplo, si comparamos, dentro de la familia romance, el español *padre*, el italiano *padre*, el francés *pere*, el catalán *pare*, etc., podemos reconstruir la forma originaria de todas ellas y recurrir después a la palabra latina *patre(m)* para verificar la exactitud de nuestra reconstrucción.

De la misma manera, si queremos buscar la forma originaria de las lenguas indoeuropeas, entonces comparamos el latín *pater*, el griego *pater*, el sánscrito *pita*, el irlandés *athir*, etc. y reconstruimos la forma *\*peter*. Aquí, el sufijo *-ter* indica que la acción expresada por la raíz es desempeñada por la persona a quien se le aplica. De este modo, el nombre *\*peter*, construido con la raíz *\*pâ* que significa proteger, nos dice que era éste el encargado de proteger a la familia.

Por otra parte, con el desarrollo de los estudios dialectológicos de las lenguas, sobre todo románicas, se ha empezado a precisar la cronología y la ubicación geográfica de estos pueblos. No obstante, la identificación entre pueblos y hablantes es ardua, ya que los datos de la arqueología no se pueden apoyar o ser confirmados por alguna inscripción o por documentos escritos y el problema es mayor a medida que nos remontamos en el tiempo.

## LOS DIOS INDIEUROPEOS

Un camino más es el acarreo global de la cultura hecho por los dialectos derivados de la lengua originaria. En esta dirección, Georges Dumézil ha realizado una difícil labor. Su libro *L'ideologie tripartite des Indo-Européens* (1958), sigue siendo el trabajo central y la exposición más completa de sus ideas.

La idea de un fondo mitológico originario fue el punto de partida de los estudios de Dumézil. Trabajando con los *Vedas* concibió su teoría de la estructura tripartita. Más tarde, una esclarecedora invocación a los dioses, descubierta en los archivos cuneiformes de Boghazköy, confirmó su teoría. Se trata de un convenio entre el rey hitita Shubiluliuma y Matiwasa, rey mitannio. La invocación no es sino la fórmula usual de la época para garantizar el cumplimiento de un convenio: *ilani Mi-it-raas-si-II ilani U-ru-w-na-as-si-II ilu In-da-ra ilani Na-sa-at-ti-ia-an-na*.

Se invoca a Mitra, Varuna, Indra y a los Nâsatya, designación más antigua de los gemelos celestes, los Ashvins, dioses todos ellos del panteón védico de la India. La inusitada coincidencia entre los dioses mitannios y los indo-iranios vino a demostrar que existía una mitología común no sólo pre-védica, sino pre-gáthica.

El resultado inmediato de la teoría de la estructura tripartita fue una reconstrucción que relaciona ideológicamente el sistema social con el sistema mitológico, integrando la experiencia cultural de los pueblos indoeuropeos.

Un esquema simplificado de esta reconstrucción sería:

CLASES SOCIALES	DIOSES			
	INDIA	IRAN	ROMA	ESCANDINAVIA
1. Sacerdocio	Varuna Mitra	Vohu Manah Asha	Jupiter Dius Fidius	Odin Tyr
2. Guerreros	Indra	Xshathra	Marte	Thor
3. Campesinos, etc.	Ashvins	Ameretat Haurvatat	Quirinus	Njörd Freyr

Definiendo mejor las triadas y explicando y estableciendo nuevas relaciones, la teoría se ha ido ensanchando lentamente. El estudio de la mitología comparada de los indoeuropeos es una tarea apenas iniciada, pero con grandes perspectivas. El mito, símbolo de lo inexpresable, conlleva lo que hay de más profundo en el ser humano y las modalidades inherentes a la cultura de cada pueblo. Tal vez Dumézil se equivoca cuando afirma que la estructura tripartita es exclusiva de los indoeuropeos. No obstante, basta con leer trabajos como *The western response to Zoroaster* (1958) de J. Duchesne-Guillemin o *Keltische Religion* (1961) de Jan de Vries para apreciar las posibilidades de esta teoría.

La localización de la posible patria de los indoeuropeos, conoce una larga historia de proposiciones e hipótesis. Se ha tratado de identificar el territorio y la cultura de este pueblo por medio de la reconstrucción lingüística y la comprobación arqueológica, pero las discusiones han sido interminables. Desde los excesos de la escuela alemana con Kossina a la cabeza, escuela teñida de nacionalismo que localizaba la antigua patria en las llanuras del norte de Europa, hasta las hipótesis recientes y más sólidas, hay un azaroso camino. Una hipótesis con grandes probabilidades, aunque sujeta todavía a comprobación, es la muy reciente de la lituana Maria Gimbutas. Afirma que la única cultura que reúne los requisitos necesarios para ser la patria de los indoeuropeos es la cultura de los *kurgany*. El término *kurgan* es una palabra eslava que designa los túmulos típicos de dicha cultura que se localiza en Ucrania y hacia el este del río Volga y que puede fecharse en el cuarto milenio a. de C. Gimbutas piensa que de ahí parten a mediados del tercer milenio a. de C., las migraciones de este pueblo.

## LA NUEVA HIPOTESIS

Los investigadores soviéticos Tamaz Gamkrelidze y Viacheslav Ivanov han propuesto una nueva y bien estructurada hipótesis sobre la lengua y la patria originarias de los pueblos indoeuropeos. Su libro *Indoevropeskiy yazyk e indoevropytsy* (“La lengua indoeuropea y los indoeuropeos”, 1980) ha iniciado una nueva y prometedora controversia.

Gamkrelidze e Ivanov idearon realizar el estudio y el análisis imparcial de todos los datos de que se dispone en la actualidad sobre estos pueblos para llegar así a conclusiones propias, esto es, desprovistas hasta donde fuera posible de ideas consagradas y de influencias preestablecidas.

Los objetivos eran: la reconstrucción de la lengua originaria, la localización de la patria inicial de estos pueblos, el establecimiento de las rutas de sus migraciones y la determinación de una cronología consecuente.

Para cumplir con esta tarea, hicieron la reconstrucción de la lengua originaria para elaborar después un diccionario temático de alcances enciclopédicos, ya que con cada palabra se relacionan detalladamente el habitat, el entorno económico, los rasgos culturales y la organización social.

Antes que nada, importaba determinar en qué época los pueblos indoeuropeos hablaban un mismo idioma y cuándo esta lengua inicial sufrió la serie de derivaciones que cristalizarían en el mapa lingüístico actual.

Estudios glotocronológicos (medición de la separación en el tiempo que puede existir entre los miembros de una familia lingüística por el número de palabras comunes que cada lengua conserva) realizados por estos investigadores, nos muestran que las lenguas indoeuropeas más antiguas se diferenciaron grandemente en el cuarto milenio a. de C., lo que significa que la lengua originaria existía ya antes de ese milenio.

Se planteó entonces la cuestión de saber dónde podía encontrarse antes del cuarto milenio a. de C. ese medio y esa cultura que hallaron su expresión en el vocabulario de la lengua originaria.

Después de hacer un detenido estudio del léxico, llegaron a la conclusión de que el terreno donde habitaron los primitivos indoeuropeos debió ser montañoso, pues en el vocabulario predominan las palabras que significan “montañas altas”, “picos”, “elevaciones del terreno”, “barrancos”, “rocas”, etc., y una variedad de denominaciones especiales del roble de hoja peciolada y de numerosos árboles y plantas que son propias de las regiones montañosas. Este tipo de terreno excluyó, como patria de esta cultura, las llanuras de Europa, la parte septentrional de Eurasia central y toda la Europa oriental, incluido el norte del mar Negro.

Encontraron también un número crecido de palabras y términos procedentes de las protolenguas semita y georgiana y, conversamente, palabras indoeuropeas en estas lenguas. En esa época, los protogeorgianos vivían en la Transcaucasia meridional y los semitas en Siria y Mesopotamia. Es menester concluir que los indoeuropeos debieron vivir en algún lugar entre la Transcaucasia, Siria y Mesopotamia, ya que sólo así pudieron los hablantes de las tres lenguas establecer el tipo de relaciones necesario para que el intercambio de palabras fuera posible.

Por otra parte, los avances culturales que se traslucen del estudio del léxico no existían, en aquella época, en ninguna otra zona geográfica.

Tenían un alto grado de civilización rural y urbana: una agricultura y una ganadería desarrolladas y un comercio organizado. Conocían la metalurgia del bronce y -hecho fundamental- hacían uso del carro y contaban con animales domésticos. Recientemente, la arqueología ha comprobado que la invención del carro tuvo lugar en el cuarto milenio a. de C. entre la Transcaucasia y Mesopotamia septentrional, coincidencia sumamente importante.

La existencia en el léxico de la palabra “ladrón”, indica que sus bienes ya no eran comunes y la desigualdad económica lleva a la desigualdad social. Había tres grupos fundamentales: los sacerdotes, los guerreros y los artesanos. Cada grupo tenía su propio dios. La religión jugaba un gran papel a juzgar por la cantidad de palabras que usaban para designar a los sacerdotes y sus funciones: profecías, oraciones, sacrificios. Se trata, como vemos, de una sociedad compleja con rangos sociales y un culto religioso diversificado.

De esta manera, los autores concluyen que la patria de estos pueblos debió estar en un territorio delimitado al norte por la Transcaucasia y al sur por el Asia occidental y la Mesopotamia.

Interesados en seguir los pasos de cada pueblo desde su lugar de origen hasta el lugar histórico de su asentamiento, Gamkrelidze e Ivanov trazaron las rutas de las migraciones de los indoeuropeos y es asombroso constatar que coinciden con el mapa de expansión del tipo caucasoide desde su foco inicial en Asia menor. Este es justamente el tipo antropológico antiguo a que pertenecen los indoeuropeos, nos dicen los autores, y aducen que al tipo caucasoide pertenecen también los protogeorgianos y los semitas, pueblos con los que los indoeuropeos tuvieron contactos y vínculos.

Esta nueva hipótesis ha despertado acaloradas discusiones. El mapa de las migraciones presenta todavía señaladas lagunas, por ejemplo, entre el sur de Turkmenia y la zona al este de los Urales. Las conclusiones de Gamkrelidze e Ivanov están en espera de ser comprobadas o refutadas. La arqueología tiene, sobre todo, la palabra.

Fatigada preocupación es el “problema indoeuropeo”. Actualmente, es todavía imposible demostrar que por medio de los parentescos y las relaciones entre las lenguas se pueda hacer una reconstrucción lingüística unitaria de la lengua originaria. Toda reconstrucción no es sino un estado de lengua hipotéticamente más antiguo, pero nada nos garantiza que se trate de un estado “inicial” de lengua. Lo mismo se podría decir de la raza originaria.

La necesidad de un nuevo enfoque que nos permita aplicar otros procedimientos para crear una nueva metodología es patente, ya que si ponemos en duda la reconstrucción lingüística, es porque no contamos todavía con un método de investigación que nos permita afinarla o rechazarla.

Gamkrelidze e Ivanov han planteado nuevas tareas y una serie de interrogantes que sólo el tiempo contestará. Aunque no da cuenta de muchos hechos, su hipótesis es válida.